der, la otra ayuda a olvidar; la primera ayuda a ser una persona libre y un ciudadano libre, la otra ayuda a la gente a manipular a los demás. Una es como la astronomía, la otra es como la astrología."

Más aún: "La adulación, las mentiras piadosas, los fingimientos, las falsas ilusiones, los autoengaños, se toman constantemente por gran literatura, mientras las más de las veces la gran literatura es atacada, despreciada y suprimida." Y, citando a Orwell, concluye que "la mayoría de las personas son incapaces de ver el mérito artístico de las obras que contradicen sus opiniones".

Esto lo ha vivido en carne propia el propio Vizinczey cuando, por ejemplo, un pobre profesor de Oxford, Uriel Dann, le reprochó su gran admiración hacia Heinrich von Kleist ya que, a decir del pobre Dann, Vizinczey pasaba por alto que el autor de Michael Kohlhaas, ¡sorprendámonos!, tenía "propensión a la crueldad y el derramamiento de sangre" (¡!).

La respuesta de Vizinczey, ante esta estupidez, es ejemplar. Por principio señala que hay una especie de filisteísmo académico que considera la grandeza literaria equivalente a la buena conducta "y con ello produce una patética consecha de graduados universitarios que conocen íntimamente los defectos reales o imaginarios de grandes hombres, sin tener la menor idea de por qué estos hombres fueron grandes o por qué son importantes para nosotros".

En efecto, son muchísimos los profesores universitarios de literatura que no saben leer. Ven violencia y odio en la obra de un autor y concluyen que ese autor es culpable de lo que relata en sus libros. Por eso Vizinczey le regala este sabio sarcasmo al torpe profesor Dann: "Decir que Kleist tenía 'propensión a la crueldad y al derramamiento de sangre' se me antoja tan absurdo como decir que Balzac tenía propensión a la estafa o que Dostoyevski tenía propensión a emborracharse y pegar a las mujeres."

De hecho, sin que el pobre profesor Dann se hubiese enterado, el mismo Kleist le respondió hace casi dos siglos: "El mundo es un arreglo maravilloso, y los efectos más divinos son resultado de las causas más bajas e insignificantes. El ser humano, para darte un ejemplo obvio, es una creación sublime, pero no conviene pensar en esto con temor reverente en el momento de hacer un niño."

IV. EL HOMBRE DEL TOQUE MÁGICO

La tercera y más reciente novela de Stephen Vizinczey, *El hombre del toque mágico* (1994) no hace sino reafirmar la grandeza literaria de este escritor húngaro de lengua inglesa. Quien la toma en sus manos trata de dosificar el placer de esas casi trescientas páginas, porque es demasiado tentador el leerla de un tirón. Al concluirla, lo que del autor nos queda es su profunda emoción, su hondura de espíritu y su deslumbrante inteligencia, que el lector aprehende ya sea entre líneas o del modo más textual.

Hay en esta novela amenidad y erotismo, y también sentido del humor, sin descuidar para nada la profundidad de una experiencia de lectura que no concluye cuando cerramos el libro.

Constatamos, luego de la lectura, lo que Christopher Sinclair-Stevenson, prologuista de *Verdad y mentiras en la literatura*, dijo que descubre un lector atento debajo el fino barniz de las novelas de Vizinczey: múltiples capas de sutileza e ironía que son producto de una inteligencia y una sensibilidad particularrmente agudas.

Por principio de cuentas es imposible no advertir que esta nueva novela de Vizinczey crea grandísimas expectativas por estar precedida del justo prestigio y la fama no menos merecida de otras dos obras maestras: *En brazos de la mujer madura* y *Un millonario inocente*, novelas éstas que sitúan a su autor como uno de los narradores contemporáneos más importantes no sólo en la lengua inglesa sino en cualquier idioma. Y, en este sentido, El hombre del toque mágico no hace sino reafirmar la magnitud artística de este notable escritor que, en su decálogo estético y moral, expresó: "No serás modesto. La modestia es una excusa para la chapucería, la pereza, la complacencia... Nunca he conocido a un buen escritor que no intentara ser grande."

Vizinczey lo intenta y lo logra, y lo que Anthony Burgess dijese acerca de *Un millonario inocente*, vale también para calificar esta nueva obra maestra: "Me ha divertido pero también me ha conmovido pofundamente: se trata de una novela situada en el centro mismo de nuestro mundo decadente, contaminado y corrupto, en la que, curiosamente, alienta una especie de desesperada esperanza."

En efecto, tal como lo viese Burgess en el caso de *Un millonario inocente*, lo volvemos a ver nosotros en *El hombre del toque mágico*. Nadie podría acusar a Stephen Vizinczey de aburrir a sus lectores, pero tampoco nadie podría tildarlo de superficial, defecto éste muy definitorio de la literatura a la moda. La nueva novela de este gran escritor posee un afán moral de amenidad que es algo muy contrario a ese empeño vacío por divertir, a como dé lugar, convirtiendo en bufonería los sentimientos más sagrados. Ciertamente, *El hombre del toque mágico* es una novela donde abunda el buen sentido del humor, pero siempre unido al emerger más intenso de las emociones más hondas.

Quien creyese, por otra parte, que *El hombre del toque mágico* es una novela de las denominadas de "ciencia ficción", se equivocaría también rotundamente: pecaría de trivial, además de que no estaría entendiendo en absoluto la intención satírica, irónica, sarcástica de Vizinczey. Es cierto que en la novela aparece un alienígena que, de hecho, tiene que ver con todo lo que sucede a partir de la segunda mitad de la obra, pero ello guarda una relación estrecha con la realidad terrena más que con los "mundos posibles" que atormentan de anhelo imposible a muchas personas que no se han percatado todavía de que hay otros mundos pero que, sin duda, están en este.

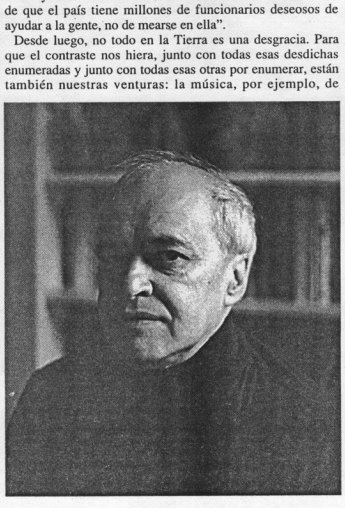
Así como *El Quijote* no es una novela de caballerías, del mismo modo *El hombre del toque mágico* no es una novela de ciencia ficción. Ha dicho Mario Lacruz que este espléndido libro más bien "encierrra una sátira de toda nuestra sociedad en la medida en que el toque mágico convierte a su poseedor en un fenómeno publicitario y le acarrea, con el poder y la notoriedad, el último y más grave desencanto respecto al planeta en que vivimos, incluso en el sentido más literal del término; de tal modo que, como en el caso de Swift, es todo el hormigueo de la existencia humana lo que aparece sometido a una crítica inteligente y aguda en grado sumo".

En efecto, *El hombre del toque mágico* no oculta su procedencia de larga tradición satírica, no sólo de Swift sino también de Twain; y su esperanza, respecto de nuestro planeta, tiene que ver con la corrupción, la inmoralidad, el poder y sus abusos, la santificación de la burocracia, la irresponsable destrucción de todo, la ausencia de amor, la nula solidaridad, el desconocimiento de lo sagrado, la veneración de las apariencias, la obstinación en la estupidez, la absoluta credibilidad en el dios publicitario, la refocilación en el consumismo, la desvalorización en fin de los sentidos, que han hecho de la Tierra un lugar inhóspito para sus moradores, cuanto más para alguien que hipotéticamente viniese de un mundo por nosotros desconocido.

En algún momento del libro cierto personaje tiene esta reflexión: "¿Es de los que piensan que estamos gobernados por el Gobierno? ¿O por la gran empresa? ¿O por los medios de comunicación? Ahora la clase dirigente es la de los burócratas. Antes tuvimos la monarquía absoluta y ahora tenemos la burocracia absoluta. Ross está en uno de los peldaños de más abajo, pero es uno de ellos y siempre le apoyarán, porque reconocer que, a pesar de su máster en ciencias sociales, es un cretino de mierda, podría hacer que mucha gente se diera cuenta de la gran mentira."

Y más adelante, siguiendo con esta reflexión, Vizinczey concluye cuál es realmente "la verdad oficial: la simulación de que el país tiene millones de funcionarios deseosos de ayudar a la gente, no de mearse en ella".

Desde luego, no todo en la Tierra es una desgracia. Para que el contraste nos hiera, junto con todas esas desdichas enumeradas y junto con todas esas otras por enumerar, están también nuestras venturas: la música, por ejemplo, de



Mozart, Bach y Haendel, que tendría que emocionar incluso a seres de otros planetas, o la gran literatura y el gran arte que, paradójicamente, se ha producido en el mismo sitio, y a veces en el mismo tiempo, en que los poderosos y los corruptos medran y prosperan.

A Jim Taylor, hombre en principio bueno pero no sin contradicciones, le cae en suerte el disponer de la facultad del toque mágico, concedida por un alienígena, y trata de ser justo y usar ese don de la mejor manera. Pero la mejor manera a veces encierra también a la peor: se puede ayudar a los que lo necesitan, pero también se caen en la poderosa tentación de castigar a quienes lo merecen. Y en este sentido, Jim Taylor tampoco escapa a los efectos que desata el disponer de un gran poder; esos efectos que Lord Acton definió así: "Todo poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente." Antes de caer en esa corrupción, Jim Taylor y su familia abandonan este mundo, "hacia un astro mejor".

Quienes hayan tenido alguna vez el deseo recóndito de castigar a los malvados, de dañarlos incluso con la muerte, es decir, con su desaparición, entenderán el conflicto de Jim Taylor, un hombre con el poder suficiente para hacer el bien, pero igualmente con el poder suficiente para hacer el mal. Sería espléndido, claro que sí, que todos los malvados de la Tierra despidieran un hedor insoportable para poder así diferenciarlos de los buenos y huir de ellos a tiempo; y esto es lo que hizo Jim Taylor con su poder del toque mágico. Pero castigar la maldad, como ángel exterminador, tiene su precio y así lo comprobaron pronto Jim y Lesley Taylor. "El poder acarrea sus propias penas y éstas engendran ideas asesinas."

Por lo demás, Jim lo sabía: "La sensación de triunfo y júbilo que le producía curar y rejuvenecer a la gente estaba amargada por la convicción de que, por más que hiciera, en el mundo siempre habrá más y más dolor y sufrimiento."

El colmo de todo es que el don de producir el bien y conseguir que los enfermos recobren la salud, hacen de Taylor un reo de la celebridad: la publicidad, que todo lo corrompe, lo asedia de tal modo que su vida se convierte en una prisión. El mundo actual, la sociedad contemporánea, ya no se asombra siquiera por los milagros; los cree más bien fruto de la tecnología, consubstanciales a los progresos renombrados de la ciencia y su arte lógico. La gente ha perdido incluso la capacidad de asombrarse. Así, el protagonista descubre también lo que le está vedado a su poder. "Había descubierto los límites de su magia; no podía curar la rabia, no podía curar el sufrimiento mental."

El hombre del toque mágico es una gran novela y una eficaz parábola sobre nuestras pesadillas permanentes y acerca de la felicidad que, con frecuencia, es sólo un deseo, un sueño, un momento de magia antes de despertar... Y es que, ciertamente, "sólo sabrá lo que experimentaba Jim quien haya acariciado una cara que ya no es joven, con el deseo de tener la facultad de borrar las huellas del tiempo y del dolor con un toque mágico".

V. VERDAD Y MENTIRAS EN LA LITERATURA

Stephen Vizinczey escribió un libro crítico como debieran ser todos los libros de crítica literaria: polémico, contundente, corrosivo, satisfactorio para sí mismo. Ante un libro así, el lector deja de ser hipócrita y tiene que asumir el rechazo o la admiración según sean sus conformidades y sus diferencias. *Verdad y mentiras en la literatura* (1988; edición en español, 1992) recoge la labor crítica de Vizinczey desarrollada, entre 1968 y 1989, en importantes medios periodísticos tales como *Writer's Monthly*, *The Sunday Telegraph*, *The Times*, *London Review of Books*, *The Saturday Review*, *The Guardian* y *Harper's*.

Verdad y mentiras en la literatura viene a probar que los libros de crítica literaria deben, en efecto, ser de escritores, pues es fundamental que el crítico no sólo lea los libros ajenos sino que también entienda, por experiencia propia, el fenómeno literario. A lo largo de la historia, los mejores textos de crítica han sido redactados por buenos escritores y mientras más espléndido es el escritor, más incisivo es el crítico. ¿Cómo podría escribirse crítica poética si se ignora el fenómeno poético, si no se comprende el proceso doloroso y deslumbrante de hacer un libro de poesía?

Vizinczey es un escitor que posee muchas virtudes éticas y literarias. Por ello, ejerce la crítica sin concesiones, misma que tiene el don de irritar y de complacer según se sienta aludido el lector. El volumen inicia con un decálogo ("Los diez mandamientos de un escitor") a manera de prólogo: se trata de una visión moral, de un programa de ética que vale para Vizinczey y para los escritores que él admira. Es un decálogo escrito para complacerse a sí mismo en el sentido que se expresa en el noveno mandamiento de su propio texto:

"Ningún escritor ha logrado jamás complacer a lectores